

# **HISTORIA ECLESIAÍSTICA**

**LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA  
DESDE EL SIGLO I HASTA EL SIGLO III**

# **HISTORIA ECLESIAÍSTICA**

**LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA  
DESDE EL SIGLO I HASTA EL SIGLO III**

**EUSEBIO DE CESAREA**

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL GRIEGO  
POR  
GEORGE GRAYLING



editorial clie

**COLECCIÓN HISTORIA**

**EDITORIAL CLIE**

**M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910 SE-A**

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: [libros@clie.es](mailto:libros@clie.es)

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

**HISTORIA ECLESIASTICA**

**COLECCIÓN HISTORIA**

© 2008 por CLIE para la presente versión española, introducción y notas

Traducción directa del griego por George Grayling

Todos los derechos reservados

Depósito legal:

ISBN: 978-84-8267-476-6

Impreso en

*Printed in Spain*

Clasifíquese:

300 HISTORIA:

Historia de la Iglesia Primitiva

CTC: 01-03-0300-10

Referencia: 22.44.95

# ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>11</b>
La fe y la historia	11
Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana	14
El conflicto arriano	19
El concilio de Nicea	22
Eusebio y Constantino	25
Obras	27
Texto y traducción	31
<b>LIBRO I.....</b>	<b>33</b>
1 Fundamento de la promesa	35
2 Resumen de los aspectos principales de la preexistencia y de la divinidad de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, el Cristo de Dios	36
3 Cómo el nombre de Jesús, e incluso el de Cristo, eran conocidos desde el principio y venerados por los profetas inspirados por Dios	41
4 Cómo el carácter de la religión anunciada por Cristo a todas las naciones no era nuevo ni desconocido	44
5 Sobre el tiempo en que Cristo se apareció a los hombres	46
6 Cómo, según las profecías, cesó en tiempo de Cristo la línea de los primeros gobernadores de los judíos, y Herodes, el primer extranjero, fue su rey	47
7 Sobre la supuesta contradicción en los Evangelios con relación a la genealogía de Cristo	48
8 De la maquinación de Herodes contra los niños, y de la catástrofe que le sobrevino	51
9 Acerca de los tiempos de Pilato	53
10 Acerca de los sumos sacerdotes judíos bajo los cuales Cristo dio a conocer su enseñanza	54
11 Testimonios acerca de Juan el Bautista y de Cristo	55
12 Acerca de los discípulos de nuestro Salvador	56
13 Relato acerca del soberano de Edesa	57
<b>LIBRO II.....</b>	<b>61</b>
Prefacio	63
1 Sobre la vida de los apóstoles después de la ascensión de Cristo	63
2 Cómo se turbó Tiberio cuando Pilato le refirió acerca de Cristo	65
3 Cómo la Palabra de Cristo recorrió todos los rincones del mundo en breve tiempo	66
4 Cómo, después de Tiberio, Cayo nombró rey de los judíos a Agripa y castigó a Herodes con el destierro perpetuo	67
5 Cómo Filón hizo una embajada a Cayo en favor de los judíos	68
6 Acerca de los males que recayeron sobre los judíos después de su crimen contra Cristo	69
7 Cómo también Pilato se suicidó	70
8 Acerca del hambre en tiempos de Claudio	71
9 Martirio del apóstol Santiago	71
10 Cómo Agripa, llamado también Herodes, tras perseguir a los apóstoles, inmediatamente sufrió el castigo de Dios	72
11 Acerca del impostor Teudas	73
12 Acerca de Elena, reina de Adiabene	74

## HISTORIA ECLESIASTICA

13	Acerca de Simón el mago	74
14	Acerca de la predicación del apóstol Pedro en Roma	75
15	Acerca del Evangelio de Marcos	76
16	Cómo Marcos fue el primero en predicar el conocimiento de Cristo a los egipcios	77
17	Los hechos que Filón narra acerca de los ascetas en Egipto	77
18	Obras de Filón que han sido conservadas hasta nosotros	80
19	Sufrimientos que sobrevinieron a los judíos de Jerusalén el día de la Pascua	81
20	Acerca de lo que sucedió en Jerusalén en tiempos de Nerón	82
21	Acerca del egipcio también mencionado en los Hechos de los Apóstoles	82
22	Cómo Pablo fue enviado cautivo desde Judea a Roma y, tras defenderse, fue absuelto de toda culpa	83
23	Acerca del martirio de Jacobo, el llamado hermano del Señor	84
24	Cómo Anciano fue el primer ministro nombrado, después de Marcos, en la iglesia de Alejandría	87
25	Acerca de la persecución, bajo Nerón, con la que Pablo y Pedro se adornaron con el martirio por la religión	87
26	Cómo los judíos sufrieron muchísimos males, y cómo suscitaron su última guerra contra los romanos	88
<b>LIBRO III.....</b>		<b>89</b>
1	Lugares en los que los apóstoles predicaron a Cristo	91
2	Quién fue el primero en dirigir la iglesia de Roma	91
3	Acerca de las epístolas de los apóstoles	91
4	Acerca de la primera sucesión apostólica	92
5	Acerca de los últimos tormentos de los judíos después de Cristo	93
6	Acerca del hambre que angustió a los judíos	95
7	Acerca de las profecías de Cristo	98
8	Acerca de las señales anteriores a la guerra	100
9	Acerca de Josefo y de sus escritos	101
10	Cómo cita Josefo los libros divinos	102
11	Cómo Simeón dirige la iglesia de Jerusalén después de Jacobo	103
12	Cómo Vespasiano manda buscar a los descendientes de David	103
13	Cómo Anacleto fue el segundo obispo de Roma	103
14	Cómo Abilio fue el segundo en dirigir a los alejandrinos	104
15	Cómo Clemente fue el tercer obispo de Roma	104
16	Acerca de la carta de Clemente	104
17	Acerca de la persecución en tiempos de Domiciano	104
18	Acerca del apóstol Juan y del Apocalipsis	105
19	Cómo Domiciano manda dar muerte a los de la familia de David	105
20	Acerca de la familia de nuestro Salvador	105
21	Cómo Cerdón fue el tercero en dirigir la iglesia de Alejandría	106
22	Cómo Ignacio fue el segundo en dirigir la iglesia de Antioquía	107
23	Relato acerca del apóstol Juan	107
24	Acerca del orden de los Evangelios	109
25	Acerca de las divinas Escrituras admitidas y de las que no lo son	111
26	Acerca del mago Menandro	112
27	Acerca de la herejía de los ebionitas	113
28	Acerca del herejarca Cerinto	113
29	Acerca de Nicolás y de los que se denominan con su nombre	114
30	Acerca de los apóstoles cuyo matrimonio se ha demostrado	115
31	Acerca de la muerte de Juan y de Felipe	115
32	Cómo fue martirizado Simeón, el obispo de Jerusalén	116
33	Cómo Trajano prohibió buscar a los cristianos	117
34	Cómo Evaristo fue el cuarto en dirigir la iglesia de Roma	118
35	Cómo Justo fue el tercero en dirigir la iglesia de Jerusalén	118
36	Acerca de Ignacio y de sus cartas	118

ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

37	Acerca de los evangelistas que entonces todavía se distinguían	120
38	Acerca de la carta de Clemente y de los textos que se le atribuyen falsamente	121
39	Acerca de los escritos de Papías	121
<b>LIBRO IV</b> .....		<b>125</b>
1	Obispos de Roma y de Alejandría en el reinado de Trajano	27
2	Lo que sufrieron los judíos en tiempos de Trajano	127
3	Los que defendieron la fe en tiempos de Adriano	128
4	Obispos de Roma y de Alejandría durante el mismo tiempo	128
5	Obispos de Jerusalén desde el Salvador hasta los tiempos mencionados	128
6	El último sitio de los judíos en tiempos de Adriano	129
7	Aquellos que por entonces fueron los jefes de la falsamente llamada ciencia	130
8	Escritores eclesiásticos de la época	132
9	Carta de Adriano acerca de la necesidad de juicio para perseguirnos	133
10	Obispos de Roma y de Alejandría durante el reinado de Antonino	133
11	Acerca de los herejarcas de aquella época	134
12	Acerca de la apología de Justino a Antonino	135
13	Rescripto de Antonino al Concilio de Asia referente a nuestra religión	136
14	Lo que menciona referente a Policarpo, amigo de los apóstoles	137
15	Cómo Policarpo sufrió el martirio juntamente con otros cristianos en Esmirna bajo Vero	138
16	Cómo Justino, el filósofo ya anciano, fue martirizado por la palabra de Cristo en Roma	143
17	Acerca de los mártires que Justino menciona en su propia obra	144
18	Discursos de Justino que han llegado hasta nosotros	145
19	Los que dirigieron las iglesias de Roma y de Alejandría durante el reinado de Vero	147
20	Los que dirigieron la iglesia de Antioquía	147
21	Acerca de los escritores eclesiásticos que se distinguieron en la misma época	147
22	Acerca de Hegesipo y de los que él menciona	148
23	Acerca de Dionisio, obispo de Corinto, y de las cartas que escribió	149
24	Acerca de Teófilo, obispo de Antioquía	150
25	Acerca de Felipe y de Modesto	151
26	Acerca de Melitón y de los mencionados por él	151
27	Acerca de Apolinar	153
28	Acerca de Musano	153
29	Acerca de la herejía de Taciano	154
30	Acerca de Bardesanes y las obras que se le atribuyen	155
<b>LIBRO V</b> .....		<b>157</b>
	Prefacio	159
1	Cuántos y cómo lucharon por la piedad en tiempos de Vero en la Galia	159
2	Cómo los mártires, amados de Dios, recibían y atendían a los que fallaron durante la persecución	167
3	Sobre la aparición que tuvo en sueños el mártir Atalo	169
4	Cómo los mártires recomendaban a Ireneo en su carta	169
5	Cómo Dios hizo llover para el emperador Marco Aurelio en respuesta a las oraciones de los nuestros	170
6	Lista de los obispos de Roma	171
7	Cómo hasta aquellos tiempos los fieles hacían milagros de poder	172
8	Cómo Ireneo menciona las divinas Escrituras	172
9	Los que fueron obispos en tiempos de Cómodo	174
10	Acerca de Panteno, el filósofo	174
11	Acerca de Clemente de Alejandría	175
12	Acerca de los obispos de Jerusalén	176
13	Acerca de Rodón y de las disensiones entre los marcionitas que él menciona	176
14	Acerca de los falsos profetas catáfrigas	177
15	Acerca del cisma de Blasto que tuvo lugar en Roma	177

## HISTORIA ECLESIASTICA

16	Todas las cosas que se mencionan sobre Montano y los falsos profetas que le siguieron	178
17	Acerca de Milciades y de los tratados que compuso	180
18	Cómo Apolonio refutó a los catáfrigas y demás herejes que él menciona	181
19	De Serapión y la herejía de los frígios	183
20	Discusiones escritas de Ireneo con los cismáticos de Roma	184
21	Cómo Apolonio fue martirizado en Roma	185
22	Obispos que cobraron fama en aquellos tiempos	185
23	Acerca de la controversia sobre la Pascua que se suscitó por aquel tiempo	186
24	Acerca de la disensión de Asia	187
25	Cómo se llegó a una decisión unánime entre todos sobre la Pascua	189
26	Toda la elocuencia de Ireneo que nos ha llegado	189
27	Todo lo que hay de los demás que florecieron entonces	189
28	Acerca de los que desde el principio profesaron la herejía de Artemón, cuál fue su conducta y cómo se atrevieron a corromper las Santas Escrituras	190
<b>LIBRO VI.....</b>		<b>193</b>
1	Acerca de la persecución en tiempos de Severo	195
2	Acerca de la educación de Orígenes desde niño	195
3	Cómo aún siendo joven se ocupaba de la doctrina de Cristo	197
4	Cuántos, habiendo recibido la instrucción de Orígenes, fueron mártires	199
5	Acerca de Potamiena	199
6	Acerca de Clemente de Alejandría	200
7	Acerca del escritor Judas	200
8	Acerca del valor de Orígenes	201
9	Acerca de los milagros de Narciso	202
10	Acerca de los obispos de Jerusalén	203
11	Acerca de Alejandro	203
12	Acerca de Serapión y las obras suyas que se conservan	204
13	Acerca de las obras de Clemente	205
14	De las escrituras que menciona Clemente	206
15	Acerca de Heraclas	207
16	Cómo Orígenes se había dedicado al estudio de las divinas Escrituras	208
17	Acerca del traductor Símaco	208
18	Acerca de Ambrosio	209
19	Todo cuanto se dice de Orígenes	209
20	Cuántos tratados se conservan de los de entonces	212
21	Los obispos que fueron famosos en aquellos tiempos	212
22	Las obras de Hipólito que han llegado hasta nosotros	213
23	Acerca del celo de Orígenes, y cómo fue considerado digno del presbiterado eclesiástico	213
24	Qué escribió Orígenes en Alejandría	214
25	Cómo Orígenes mencionó las Escrituras canónicas	214
26	Cómo consideraban los obispos a Orígenes	216
27	Cómo Heraclas recibió en sucesión el episcopado de Alejandría	217
28	Acerca de la persecución de Maximino	217
29	Acerca de Fabián: cómo fue milagrosamente indicado por Dios como obispo de Roma	217
30	Otros discípulos de Orígenes	218
31	Acerca de Africano	218
32	Comentarios que Orígenes escribió en Cesarea de Palestina	219
33	Acerca del engaño de Berilo	219
34	Los acontecimientos en tiempos de Felipe	220
35	Cómo Dionisio sucedió a Heraclas en el episcopado	220
36	Qué otras obras preparó Orígenes	220
37	Acerca de la división de los cristianos de Arabia	221
38	Acerca de la herejía de Helcesaítas.	221
39	Acerca de los tiempos de Decio	222

ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

40	Acerca de lo que sucedió a Dionisio	222
41	Acerca de los que fueron martirizados en la misma Alejandría	223
42	Acerca de otros mártires mencionados por Dionisio	226
43	Acerca de Novato: su carácter y su herejía	227
44	Relato de Dionisio referente a Serapión	230
45	Carta de Dionisio a Novato	231
46	Acerca de las otras cartas de Dionisio	231
<b>LIBRO VII</b> .....		<b>233</b>
	Prólogo	235
1	Acerca de la perversidad de Decio y de Galo	235
2	Los obispos de Roma en tiempos de estos dos emperadores	235
3	Cómo Cipriano, junto con sus obispos, fue el primero en decretar que era preciso que los que se convertían del extravío herético debían ser purificados por medio del bautismo	235
4	Cartas que redactó Dionisio acerca de esta cuestión	236
5	Acerca de la paz después de la persecución	236
6	Acerca de la herejía de Sabelio	237
7	Acerca del malvado error de los herejes, de la visión enviada por Dios a Dionisio y de la regla eclesiástica que él recibiera	237
8	Acerca de la heterodoxia de Novato	238
9	Acerca del bautismo impío de los herejes	238
10	La persecución de Valeriano	239
11	Sufrimientos de Dionisio y de los cristianos de Egipto	241
12	Acerca de los que fueron martirizados en Cesarea de Palestina	244
13	Acerca de la paz en tiempo de Galieno	244
14	Los obispos que florecieron en aquel tiempo	245
15	Cómo Maríno fue martirizado en Cesarea	245
16	Relato referente a Astirio	246
17	Anulación milagrosa de un falso milagro	246
18	Acerca de las señales de la grandeza de nuestro Salvador que sucedieron en Paneas	247
19	Acerca del trono de Jacobo	247
20	Acerca de las cartas de Dionisio sobre festividades donde se establece la regla pascual	248
21	Problemas espirituales y de orden natural de Alejandría	248
22	Acerca de la peste que tuvo lugar en Alejandría	249
23	Acerca del reinado de Galieno	251
24	Acerca de Nepote y de su división	252
25	Acerca del Apocalipsis de Juan	253
26	Acerca de las cartas de Dionisio	256
27	Acerca de Pablo de Samosata y de la herejía por él suscitada en Antioquía	256
28	Acerca de los obispos ilustres que eran famosos por aquel tiempo	257
29	Cómo Pablo fue redargüido y excomulgado	257
30	Acerca de la refutación que Malquión hace de la doctrina heterodoxa de Pablo	258
31	Acerca del heterodoxo extravío de los maniqueos que empezaba precisamente entonces	261
32	Acerca de los varones eclesiásticos que fueron notables en nuestro tiempo, y cuáles de ellos vivieron hasta el ataque contra las iglesias	262
<b>LIBRO VIII</b> .....		<b>267</b>
	Prólogo	269
1	Acerca de los acontecimientos anteriores a la persecución de nuestro tiempo	269
2	Acerca de la destrucción de las iglesias	271
3	Cómo se comportaron los que combatieron en la persecución	272
4	Acerca de los mártires de Dios dignos de ser celebrados con cánticos porque colmaron todo lugar con su memoria tras ceñirse diversas coronas a causa de su piedad	273
5	Los mártires de Nicomedia	273
6	Acerca de los funcionarios cristianos en casas imperiales	274



## HISTORIA ECLESIAÍSTICA

7	Acerca de los mártires egipcios en Fenicia	276
8	Acerca de los mártires de Egipto	277
9	Acerca de los mártires de Tebaida	278
10	Relato escrito por el mártir Fileas acerca de lo que se llevó a cabo en Alejandría	279
11	Acerca de los mártires de Frigia	281
12	Acerca de muchos otros, hombres y mujeres, que lucharon de diversos modos	281
13	Acerca de los presidentes de las iglesias que con su sangre demostraron la sinceridad de la piedad de la que eran embajadores	283
14	Acerca del carácter de los enemigos de la piedad	286
15	Acerca de lo sucedido a los de fuera	289
16	Acerca del cambio positivo de las circunstancias	289
17	Acerca de la palinodia de los soberanos	290
	Apéndice	292
<b>LIBRO IX</b>		<b>295</b>
1	Acerca de la fingida distensión	297
2	Acerca del empeoramiento posterior	299
3	Acerca de la escultura recién construida en Antioquía	299
4	Acerca de los decretos contra nosotros	300
5	Acerca de las falsas memorias	300
6	Acerca de los que fueron martirizados en este tiempo	301
7	Acerca del escrito contra nosotros fijado en las columnas	303
8	Acerca de los sucesos acontecidos después de esto: hambre, peste y guerras	305
9	Acerca del fin de los tiranos y palabras que dijeron antes de su muerte	307
10	Acerca de la victoria de los emperadores amigos de Dios	311
11	Acerca de la perdición final de los enemigos de la religión	313
<b>LIBRO X</b>		<b>317</b>
1	Acerca de la paz que nos fue concedida por Dios	319
2	Acerca de la restauración de las iglesias	320
3	Acerca de las fiestas de dedicación en todo lugar	320
4	Panegírico por el feliz estado de las cosas	321
5	Copias de las leyes imperiales referentes a los cristianos	334
6	Copia de una carta imperial por la que se hace donación de dinero a las iglesias del norte de África	338
7	Acerca de la inmunidad de los clérigos	339
8	Acerca de la maldad final de Licinio y de su destrucción	339
9	Acerca de la victoria de Constantino y de lo que éste procuró para los súbditos del Imperio romano	342
<b>ÍNDICE DE NOMBRES MENCIONADOS</b>		<b>345</b>
<b>ÍNDICE DE TEXTOS Y ESCRITOS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA Y OTROS AUTORES DE LA ANTIGÜEDAD CITADOS POR EUSEBIO EN SU HISTORIA ECLESIAÍSTICA</b>		<b>361</b>
<b>ÍNDICE DE TEMAS</b>		<b>369</b>

# INTRODUCCIÓN

La fe y la historia - Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana - El conflicto arriano - El concilio de Nicea - Eusebio y Constantino - Obras: A. *Históricas*. B. *Apológicas*. C. *Dogmáticas*. D. *Bíblicas*. E. *En honor de Constantino* - Texto y traducción

## La fe y la historia

El interés por el conocimiento histórico de la Iglesia obedece desde el principio a la naturaleza misma del cristianismo, que es religión esencialmente histórica, relato de la intervención de Dios en la vida de los hombres. Desde los días de los patriarcas, sabemos que el Dios creador de cielos y tierra es un ser que interviene en los avatares de los seres que Él ha creado; que el Dios de la revelación se compromete en la historia, y se revela en ella para realizar la salvación de un pueblo que escoge como suyo para que anuncie y cante sus alabanzas. Toda la Biblia es un conjunto de relatos históricos, a excepción de los salmos y las epístolas. Nada más lejos de la religión bíblica que el manual de teología o una detallada confesión de fe sobre todos los artículos relativos a lo que hay que creer y lo que hay que rechazar.

A Dios se le conoce en vivo, no en los libros. Los textos recogen sus intervenciones en la historia de los hombres, pero no lo hacen presente. Nos hablan de la elección de Abraham, de la vocación de Moisés, del éxodo israelita de la esclavitud egipcia, de la alianza del Sinaí, del reino de Israel, del profetismo, del destierro, de la venida de Dios a nosotros en la persona de Cristo, pero este hablar de hechos históricos, por más trascendentales que son, no se reduce a puro registro, informe notarial de lo sucedido, sino que obedece a un propósito, todo está escrito con vistas a la reproducción en la experiencia en cada cual de los acontecimientos obrados por Dios en el pasado. Hay que recordar para revivir, sin quedar reducido al mero recordatorio de lo que un día Dios hizo entre los padres. Lo que Juan dice respecto a su Evangelio sirve para el resto de los escritos bíblicos: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn. 20:31; cf. «Lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis comunión

con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo», 1 Jn. 1:3). Por ello el interés del cristiano por la historia no es el mismo que el del anticuario o el del erudito: es un interés pasional, en el que está implicado todo su ser, de modo que Dios llegue a ser no solamente el Dios que elige a Abraham o se hace presente a Isaías mediante visión en el templo, o que llama a Pedro al discipulado y sale al encuentro de Pablo en el camino a Damasco, sino también el Dios que le llama a él personal e individualmente, que le rescata, que le conduce por el desierto de la vida, que le introduce en el reino de los cielos, que le sella con su Espíritu y le despierta a una nueva dimensión, que sufre y padece las tentaciones connaturales a su estado presente, que lucha y aguarda la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. Como diría Lutero, le interesa la historia no para saber únicamente que Cristo nació en Belén, sino para saber que puede nacer en él, convertir su corazón en el mesón del Eterno mediante la fe.

La historia bíblica nos remite a los eventos únicos de la Alianza, de la Pascua, de Pentecostés, no para repetirlos, sino para actualizarlos en la experiencia creyente. La historia no se repite, como creía la mentalidad antigua; el tiempo no es cíclico, esto es un error corregido por el cristianismo que muestra la naturaleza lineal del tiempo, la sucesión continua de acontecimientos que abarcan el pasado, el presente y el porvenir<sup>1</sup>, pero reconoce el acierto de la intuición, lo pasado no es únicamente lo que ha quedado atrás, la niebla que desaparece al salir el sol. El pasado pervive en el presente, condicionando el futuro: en este sentido puede producir la ilusión de «repetición». Nada se repite, pero todo enseña que «no hay nada nuevo debajo del sol», y que han sucedido acontecimientos históricos trascendentales, únicos, irrepitibles, pero que a vez, en su calidad de momentos fundamentales, es preciso traer a la memoria, como recuerdo y actualización de la materia de que está constituida la vida humana. Memoria que se actualiza en el relato y se revive en la apropiación creyente.

En el plano de la objetividad religiosa, la historicidad del cristianismo es de la máxima importancia, en especial frente a la tentación gnóstica que levanta su cabeza una y otra vez. Es fundamental reconocer el carácter histórico de Jesús, que «vivió y padeció bajo Poncio Pilato», pues de ello depende la diferencia entre el cristianismo y las religiones paganas de tipo «mítico», las llamadas religiones de misterios que no eran otra cosa que ficciones imaginativas, una especie de enfermedades del lenguaje.

La Iglesia, entendida no como institución humana, con sus ritos y dogmas, sus templos y su política, sino como lo que realmente es, cuerpo de Cristo, es ella también partícipe del misterio divino-humano de su cabeza y fundador (cf. Ef. 1:23; 5:23,30; Col. 1:18, 24). Su verdadera naturaleza y el secreto de su dinamismo no se encuentra en la formalidad de una doctrina sobre la Iglesia, aunque esté repleta de citas escriturales. El cuadro bíblico

---

<sup>1</sup>A este respecto es muy interesante notar el juicio del profesor Giuseppe Galasso cuando dice que el cristianismo llevó a cabo una auténtica revolución en la visión histórica del mundo en que surgió. «El signo de la revolución era de manera exquisita y totalmente religiosa. Ello no significaba ni mucho menos un regreso a concepciones e inspiraciones mitológicas. El pensamiento cristiano implicaba una historización completa, concluida, de la historia: Dios-Creación-Caída-Redención-Juicio Universal formaban la cadena de la apertura y el cierre del Tiempo en la realidad única de lo Eterno» (*Nada más que historia. Teoría y metodología*, pág. 221. Ariel, Barcelona 2001).

de la Iglesia comienza por la comprensión y aceptación de su participación en el misterio divino (cf. Ro. 11:25; 16:25; 1 Cor. 2:7; Ef. 3:9; 5:32).

Ante el mundo, la Iglesia se manifiesta como una sociedad visible más, de carácter religioso, en la ciudad temporal, pero su propia conciencia y experiencia le dice que es eso y mucho más, es el templo del Espíritu Santo, la comunión de los santos donde se vive y actualiza la esperanza de salvación. Por eso la historia de la Iglesia no consta solamente de luchas contra la herejía ni de controversias teológicas, de fallos y faltas graves al espíritu del Evangelio, sino también de sus progresos en la santidad y en la práctica de la justicia, de renovación y avivamiento de la fe, de obras de amor y valentía.

El conocimiento de la historia no se puede limitar a la cita seleccionada de unos cuantos textos bíblicos, en la mayoría de los casos utilizados con intención polémica para mostrar la superioridad de un sistema eclesial sobre otro, sino que tiene que entrar en ese misterio, que es básicamente misterio de Cristo y, como tal, misterio presente, vivo, actual en la vida de cada miembro de su cuerpo: «A éstos, Dios ha querido dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre las naciones, el cual es: Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col. 1:27).

Lejos de pensar que la Iglesia es un paréntesis en el plan divino, es el culmen de un propósito eterno, del que todo lo precedente fue señal y figura. Todas las naciones unidas en un cuerpo bendito y glorioso, tal es la grandeza y la gloria de la Iglesia. Desde el principio Dios pensaba bendecir todas las familias de la tierra en la fe de Abraham (Gn. 12:3; comp. Hch. 3:25; Gál. 3:8), que es la fe proclamada por el Evangelio, la meta a la que se dirige la historia. Ella es «la esposa del Cordero» tanta veces perseguida, cuyo capítulo final es ser «la gloria de Dios», «la ciudad resplandeciente», «la santa y eterna ciudad» (cf. Ap. 20:9,10,11).

Conocer la historia de la Iglesia es una manera de hacer teología y espiritualidad; un ejercicio continuo de aplicación y de actualización de la Palabra de Dios en el mundo, que manifiesta las riquezas del mensaje cristiano y de los caminos de Dios en la humanidad. Por ello, apenas si es necesario entonces insistir en la necesidad de conocer la historia de la Iglesia para todo cristiano, y más aún para todo ministro de Dios, pastores, diáconos, evangelistas y misioneros. Esto nos ayudará a comprender en qué medida nuestro conocimiento de Cristo y de su mensaje siguen las pautas dejadas en el Evangelio y manifestadas a lo largo del tiempo en la historia de la Iglesia. Hasta qué punto la Iglesia ha deformado la doctrina que Cristo predicó o ha sido fiel a ésta. ¿Qué podemos esperar del mañana a la luz de lo acontecido en el ayer?

El Nuevo Testamento dejó sentado el precedente, nos muestra el camino. Es allí donde hay que buscar la primera crónica de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles, que son a la vez un relato de los acontecimientos y una interpretación teológica de los orígenes de la Iglesia. En el curso de los primeros siglos, cuando las duras condiciones de vida por causa de las persecuciones daban la impresión de que la historia iba a llegar a una pronta conclusión, los cristianos guardaron con celo la memoria de los mártires, *Actas de los mártires*, primeros documentos de la historia cristiana, hasta que llegado el tiempo, al concluir las persecuciones, Eusebio de Cesarea se consagró a la tarea de reconstruir el

conocimiento del pasado y dar a luz la primera historia eclesiástica, que alentó a continuadores como Sócrates, Sozomeno, Teodoreto de Ciro, Rufino, Sulpicio Severo, Próspero de Aquitania, Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable. Así hasta llegar al siglo XX, que vio el renacimiento de la historia eclesiástica manifestada en colecciones y ediciones críticas de textos, en grandes diccionarios, historia del dogma, historia de los concilios, historia de los avivamientos, historia de la predicación, monografías de todas clases y proliferación de revistas: un interés saludable para que el pueblo de Dios conozca y viva su pasado.

## Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana

Eusebio tuvo el privilegio de asistir al nacimiento de la civilización occidental tal cual nos ha sido familiar hasta nuestros días. Ciudadano de dos épocas, vivió bajo la persecución de Diocleciano y asistió a los cambios que trajo la paz de Constantino, por la cual el cristianismo, proscrito y situado al margen de la legalidad, perseguido sin misericordia, se vio de pronto reconocido como una religión lícita, autorizado a tener sus propios lugares de culto y a manifestar pública y libremente sus creencias, lo que dio lugar al verdadero siglo de oro de la Patrística: Ambrosio, Agustín, Atanasio, los Capadocios, Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Cirilo de Jerusalén y a la cabeza de todos ellos Eusebio de Cesarea, polifacético, erudito, historiador, estadista, orador, teólogo y uno de los últimos apologistas. Sin el constante peligro a perder la vida a cada instante, florece el pensamiento cristiano en todas las direcciones. Los intelectuales cristianos pueden dedicar sus energías a algo más que a la lucha por la supervivencia y comienzan a dar a luz todo un mundo interior que llevan dentro, del que nunca renegaron pues sabían de sobra que había llegado la hora final del paganismo decante y de su brazo político, el Imperio romano basado en él. Con trescientos años de lucha y experiencia, la Iglesia cristiana despuntaba como el alba de un nuevo día; aglutinaba en torno a sí las esperanzas del pueblo y de los espíritus más nobles. No se impuso a la sociedad por el favor del Imperio, sino que se ganó el Imperio por el fervor que las almas le prestaron voluntariamente. El Estado no contribuyó a este hecho, Constantino no hizo más que ratificar una situación que era de toda justicia: el reconocimiento del cristianismo como religión practicada por millares de sus súbditos a lo largo y ancho del Imperio.

Cuando Juliano, desde el poder imperial, quiso revivir los huesos secos del paganismo, descubrió descorazonado que los dioses ancestrales habían muerto totalmente sin esperanza de resurrección. Los inmortales que tenían un templo en cada esquina de la gloriosa Roma fueron desterrados, abandonados por su adoradores en pro de un dios muerto, ajusticiado en un oscuro lugar del Imperio romano, pero más vivo y brillante de lo que nunca lo estuvo el *Sol Invictus*. Ciertamente, el Galileo ganó la partida; lo vil del mundo y lo menospreciado, y lo débil y lo necio avergonzó a lo sabio del mundo, a lo fuerte, a lo renombrado (1 Cor. 1:28-30). Éste es el misterio de la redención, que es la vez el misterio de la historia del mundo, la clave del clamor de los pobres, el augurio de la caída y ocaso de los imperios.

En Eusebio se dan cita los elementos del nuevo hombre cristiano, nace en Cesarea de Palestina<sup>2</sup>, la misma tierra que sustentó el paso del nazareno, pero Eusebio no es de familia judía, sino griega; él es uno de aquellos por quienes Cristo dijo que era preciso morir y luego brotar como la simiente a fin de atraer a todos los pueblos (cf. Jn. 12:24) en ese punto donde por unas horas se une el cielo y la tierra en el dolor inimaginable del Hijo de Dios, que soporta en toda su angustia como una sorprendente prueba de que en el sacrificio está el amor perfecto, que el amor no es una transacción egoísta entre dos personas, sino un don que se ofrece para la vida eterna a todo el mundo (Jn. 3:16), independientemente del color de su piel, condición social o cultura. No sabemos nada de la vida del Eusebio adolescente, ¿fue pagano o nació en una familia cristiana? ¿Cuándo o cómo tuvo lugar su conversión? Sólo una cosa es cierta: Eusebio es un amante del saber, un hombre de letras, un candidato perfecto al puesto de «escriba instruido del reino de los cielos», al que se refirió Jesús (Mt. 13:52).

La fecha de su nacimiento oscila entre los años 260 y 264. Desde su fundación por Herodes el Grande, Cesarea se había convertido en un centro prestigioso del saber. Fue en esta ciudad, precisamente, donde el apóstol san Pedro convirtió al centurión romano Cornelio, el primer gentil que aceptó el cristianismo (Hch. 10:9-48). Después de la caída de Jerusalén en el 70, Cesarea fue convertida en capital de la Palestina romana. El cristianismo conoció un extraordinario desarrollo en esta ciudad. Hacia el 232, el gran maestro y teólogo Orígenes fundó una escuela catequética con una amplia biblioteca que se hizo famosa. En los días de Eusebio estaba presidida por Pánfilo, un presbítero muy culto, ejemplo de la nueva ilustración cristiana, que selló su vida con el testimonio del martirio. Oriundo de Berito, actual Beirut, Pánfilo, de respetable fortuna, se había formado en Alejandría, donde adquirió la pasión por Orígenes, ejemplo de asceta, filósofo y exégeta. Quizás siguiendo los pasos de su maestro, se encaminó a Cesarea, donde se puso al servicio de la Iglesia, fue ordenado presbítero y encargado por el obispo Agapio, otro admirador de Orígenes, del cuidado de la biblioteca. Pánfilo se dedicó principalmente a reorganizar y completar la biblioteca con nuevos libros sobre la Biblia y la teología. Eusebio lo tuvo por amigo, maestro y director espiritual. Por veneración y gratitud a él se impuso a sí mismo el sobrenombre de Pánfilo, Εὐσεβίου τοῦ Πανφίλου, Eusebio de Pánfilo. Con él colaboró en la copia y reconstrucción del texto de la Biblia, basándose en la monumental *Héxaplas* de Orígenes<sup>3</sup>, y en la preparación de una apología o defensa de las doctrinas del gran alejandrino, desafortunadamente perdida: sólo se ha conservado el libro primero en la versión latina de Rufino.

Eusebio comenzó sus estudios históricos siendo aún adolescente. Como colaborador de Pánfilo, se dedicó a cuidar la biblioteca, al tiempo que prosiguió sus estudios bíblicos en Antioquía, donde estudió bajo Doroteo<sup>4</sup>; después viajó a Cesarea de Filipo y a Jerusalén. De regreso a Cesarea fue ordenado por el entonces obispo Agapio.

<sup>2</sup> Véase la discusión al respecto en Argimiro Velasco, «Introducción» a la *Historia eclesiástica* (BAC, Madrid 1973) y Martín Gurruchaga, «Introducción» a la *Vida de Constantino* (Gredos, Madrid 1994).

<sup>3</sup> Aún se conserva una Biblia manuscrita cuyo texto revisaron Pánfilo y su discípulo Eusebio.

<sup>4</sup> Eusebio, *Hist. ecl.* VII,32.

Durante la persecución de Diocleciano fueron encarcelados maestro y discípulo (año 307) y en la prisión escribieron la mencionada apología de Orígenes. Tras el martirio de Pánfilo dos años después, Eusebio huyó primero a Tiro y después al desierto egipcio de la Tebaida, donde fue testigo ocular de ejecuciones masivas de cristianos<sup>5</sup>. No nos dice nada al respecto, pero es probable que fuera encarcelado de nuevo. Las persecuciones cesaron el año 311, cuando Galerio hizo publicar en Nicomedia el edicto de tolerancia, firmado por los cuatro augustos, que permitía a los cristianos el ejercicio libre de su religión. La muerte de Agapio debió de ocurrir entre 313 y 315; Eusebio fue el hombre designado para sucederle. A juzgar por lo que sabemos de la experiencia de Agustín<sup>6</sup> y de Juan Crisóstomo<sup>7</sup>, y la resistencia que opusieron a ocupar el cargo ministerial al que literalmente fueron forzados por aclamación popular, podemos deducir que Eusebio no aceptaría su cargo sin oponer toda la resistencia que le fuera posible. Para esta suposición nos basamos en un dato relevante: a partir de su consagración episcopal, Eusebio casi no realizó ninguna obra literaria, pese a la enorme actividad intelectual desarrollada hasta el momento. Es sabido que el cargo episcopal suponía un ingente trabajo espiritual y una tremenda responsabilidad respecto a juicios y pleitos internos no congenial a espíritus amantes del estudio y la soledad necesaria para el trabajo científico y literario.

En torno al año 318 se desencadena el conflicto arriano: desde el principio Eusebio se puso de parte de Arrio debido a afinidades teológicas y sobre todo personales<sup>8</sup>. Esto le valió la excomunión en un sínodo celebrado en Antioquía a finales del año 324. Pero esta decisión no debía tener carácter definitivo, sino provisional, hasta la decisión final en un sínodo que debía tener lugar en Ancira y que se celebró en Nicea a instancias del emperador Constantino. Eusebio resistió hasta el final y aceptó sólo a regañadientes el término *homoousios*, ὁμοουσιό (consustancial), clave de la fe nicena. *Homoousios*, literalmente «de la misma esencia», significaba tanto unidad (numérica) sustancial como igualdad de esencia. La utilización del término en el sentido gnóstico-materialista, así como su proximidad a tendencias sabelianas, reforzaron la resistencia de muchos obispos ortodoxos<sup>9</sup>. Eusebio y sus

<sup>5</sup> *Hist. ecl.* VIII, 9.

<sup>6</sup> Véase A. Roper, *Lo mejor de Agustín*, vol. I, págs. 32-33. Clie, Terrassa 2001.

<sup>7</sup> Véase A. Roper, *Lo mejor de Juan Crisóstomo*, págs. 70-78. Clie, Terrassa 2002.

<sup>8</sup> Teodoreto, *Hist. ecl.* I,5.

<sup>9</sup> «El término *homoousios* servía en los escritos gnósticos y en los primitivos alejandrinos para expresar la participación común en una forma de ser o entidad. Así, Orígenes llamaba ya al Hijo *homoousios* del Padre. El término había sido rechazado en un sínodo de Antioquía (268). Y es posible que el rechazo se debiera a tendencias dinamistas-monarquianistas que habían sido apuntadas en la cuenta de Pablo de Samosata. El Occidente latino fácilmente podía ver en el *homoousios* una traducción de *consubstantialis*. Pero se ve ya la problemática de una terminología no precisada, en cuanto que *substancia* significa literalmente «hypostasis», mientras que, por el contrario, a *ousia* corresponde la traducción «essentia». Además, el Occidente se sentía inclinado a acentuar la unidad de Dios, mientras que el Oriente, siguiendo la doctrina del platonismo medio o del neoplatonismo sobre las hipóstasis, se sentía más próximo a las especulaciones trinitarias. Algunos indicios parecen dar a entender que Arrio y sus seguidores entendían el *homoousios* en sentido gnóstico-maniqueo, y que, con su negativa, quisieron evitar la consecuencia de tener que interpretar la procedencia del Hijo del Padre como emanación, porque entonces el Padre sería corporal y mutable. La incorporación del discutido término al Símbolo podía ser, pues, una consecuencia de la discusión viva en Oriente, para negar la inclusión arriana del Logos en el ámbito de lo creado. Por esa razón, según Atanasio, los padres conciliares designaron al Hijo como *homoousios* del Padre, porque Aquél es a Éste como el resplandor a la luz (cf. Heb. 1,3). Claramente se percibe como trasfondo la metafísica estoica, según la cual el ente indeterminado es determinado mediante la determinación formante; así, a la *ousia* corresponde el



simpatizantes introdujeron el término *homoiousios*, ὁμοιοῦσιό (*de esencia semejante*), próximo al punto de vista niceno, que ganó a numerosos seguidores. A Eusebio le preocupaba la tendencia sabeliana del término *homoousios* por no hacer una distinción suficiente entre el Padre y el Hijo, temores que se confirmarían en los años siguientes. Pese a todo, Eusebio aceptó oficialmente el resultado del Concilio de Nicea y nunca más se declaró a favor de Arrio, aunque se involucró en medidas contra los dirigentes del combativo partido niceno. En el año 335 presidió un sínodo en Tiro ante el que Arrio debió dar cuentas, pero no participó en la lucha personal contra Arrio.

Eusebio tenía un espíritu totalmente conciliatorio, amante de la paz en el espíritu de la caridad. Sin duda fue uno de los hombres más instruidos de su tiempo. Su mente estaba acostumbrada a manejar gran cantidad de datos, esto le permitía tener una perspectiva amplia de cada aspecto de la verdad, comprensiva, sin las rigideces de mentes lógicas pero estrechas que enquistan las posiciones y exasperan a sus interlocutores, ortodoxos y herejes por igual<sup>10</sup>. Trató de señalar una vía media entre la teología arriana y la nicena, aunque le faltó una conceptualidad teológica sólida.

A Eusebio por lo que realmente se le recuerda es por su contribución a la historia cristiana, para la que estaba capacitado como nadie. Su erudición es sorprendente y su obra, después de la de Orígenes, es la más abundante de los padres griegos, versado en todos los ramos del saber de su tiempo, tanto en el campo profano como en el sagrado. Se ha merecido el título honorífico de «Padre de la Historia Eclesiástica». Sus escritos son un auténtico tesoro de fragmentos de obras cristianas y paganas, que sin él se hubiesen perdido completamente y para siempre. Las fuentes de materiales de los tres primeros siglos por él conservadas son de un valor inestimable y resultan imprescindibles para el historiador moderno.

Antes de Eusebio no existió el género de la historiografía de la Iglesia, aunque la Iglesia nunca había carecido de conciencia histórica ni de destellos cronográficos y de teología de la historia, no desarrollados por el hecho de la insegura situación eclesial provocada por las persecuciones.

Eusebio introdujo nuevos temas y nuevas aproximaciones a la historia. Ignoró las tradicionales restricciones de la época clásica sobre las cuestiones analizadas y el estilo. Describió la vida religiosa y las ideas y los personajes sin importancia política. «Otros historiadores —escribe de forma magistral— han limitado sus relatos a registrar victorias en la guerra, las hazañas de los generales y los actos heroicos de soldados teñidos de la sangre de miles que han muerto en bien del país, de la familia o de la propiedad. Mi relato, en cambio, dejará para la posteridad las guerras que se hicieron por la paz del alma

---

padre; al *idion*, el Hijo. La intención del Símbolo de Nicea no es, pues, la de afirmar la unidad numérica de Dios, sino la inclusión del Hijo en el ámbito divino. Va, por consiguiente, contra la concepción arriana de la condición creatural del Logos» (Josef Lenzweger, Peter Stockmeier, Karl Amon, Rudolf Zinnhobler, eds., *Historia de la Iglesia católica*, pág. 141. Herder, Barcelona 1989).

<sup>10</sup> Claro que, a juicio de John H. Newman, esto más que una virtud era un defecto. «Eusebio parece haber tenido los pecados y las virtudes del mero hombre de letras; nunca poderosamente excitado ni para el bien ni para el mal, sin el apremiante interés por la causa de la verdad y los riesgos de la grandeza secular, en comparación con la comodidad y pequeños goces el ocio literario» (*The Arrians of the Fourth Century*, IV, pág. 262. Londres 1833).



y los hombres que batallaron valientemente en tales guerras por la verdad, y no por el país; por la piedad, y no por la familia. Es la lucha de los valientes atletas de la piedad, sus sufrimientos y victorias sobre adversarios satánicos y las coronas que ganaron al final lo que los hará eternamente célebres»<sup>11</sup>.

Eusebio incluyó gran cantidad de testimonios documentales accesibles para él en las surtidas bibliotecas de Cesarea y de Jerusalén. Según Eusebio, la tarea principal del historiador consiste en recopilar textos auténticos y en insertarlos en el conjunto con la ayuda de explicaciones escuetas. Se ha criticado con frecuencia su modo de tratar las fuentes porque él no hace distinción alguna entre fuentes primarias y secundarias, pero no se repara en el hecho de que en su obra Eusebio rechaza los sucesos dudosos y las narraciones fabulosas.

En el libro VIII de su *Historia eclesiástica*, Eusebio afirma que no describirá las desgracias ni registrará las contiendas e inhumanidad mutua de los cristianos antes de la persecución, sino sólo lo suficiente para justificar el juicio divino, y pasa a decir que su historia tiene un fin edificante: «Incluiré en mi historia sólo aquellas cosas de las que nosotros mismos y luego generaciones venideras puedan obtener beneficio». Eusebio es consciente de estar escribiendo una historia en la que se siente personalmente involucrado y, en gran medida, testigo ocular: «vi con mis propios ojos cómo los lugares de culto eran destruidos hasta sus cimientos, cómo las inspiradas y sagradas Escrituras eran echadas a las llamas en medio de la plaza pública...»<sup>12</sup>. En ningún momento oculta su admiración por los mártires, a quienes eleva a la categoría de nuevos héroes y atletas de la fe. En su historia de los *Mártires de Palestina* dice: «sólo los hechos más apropiados para ser registrados en una historia de los mártires son los que redundan en su honor» (cap. 12). Para Edward Gibbon, esta confesión lleva a sospechar que un escritor que viola así uno de los principios fundamentales de la historia no resulta muy fiable respecto a lo que cuenta<sup>13</sup>. En defensa del proceder de Eusebio, que ante todo es un hombre de fe, un pastor de almas y un teólogo, podemos decir que, aunque no haya seguido los parámetros de la historiografía moderna, sí podemos estar seguros de que no ha falseado en su esencia el campo que cubre conforme a su meta propuesta<sup>14</sup>.

Precisamente, la atención que dedica a los mártires pone de manifiesto la intención apologética de su obra, y en Eusebio es tan legítimo el interés apologético como en los tiempos modernos el interés racionalista. Ningún historiador parte de la nada. Vive inmerso en las tradiciones de la propia cultura en que se desenvuelve, su enfoque está estimulado por las cuestiones palpitantes del momento histórico que le toca vivir. Por eso, como escribe Ernst H. Gombrich, «a sabiendas o no, siempre que nos acercamos al pasado lo hacemos con alguna idea preconcebida, desde alguna teoría rudimentariamente esbozada, la cual nos vemos en la obligación de demostrar plenamente»<sup>15</sup>. Lo que importa es el

<sup>11</sup> *Hist. ecl.* libro V,1.

<sup>12</sup> *Hist. ecl.* libro VIII,2.

<sup>13</sup> Edward Gibbon, *Decadencia y caída del Imperio romano*, cap. 16.

<sup>14</sup> Véase Hubertus R. Drobner, *Manual de patrología*, pág. 256. Herder, Barcelona 1999.

<sup>15</sup> E. H. Gombrich, *Tras la historia de la cultura*, pág. 60. Ariel, Barcelona 1977.

tratamiento que el historiador da a sus fuentes y cómo maneja sus materiales. En esto Eusebio es irreprochable. «Es realmente un erudito; sus concienzudos procedimientos y la exactitud metódica de sus investigaciones filológicas, arqueológicas e históricas provocan nuestra admiración siempre que nos es posible comprobarlos. Sin él sabríamos tan poco sobre los primeros siglos de la Iglesia como sobre el cristianismo primitivo si san Lucas no hubiera redactado los Hechos de los Apóstoles»<sup>16</sup>.

En un ponderado estudio de los historiadores de la Antigüedad, el profesor James T. Shotwell discrepa del juicio de Gibbon sobre Eusebio, que considera parcial, y hace notar que la maravilla es que nuestro autor mantuviera un equilibrio tan justo y un nivel tan exigente dadas las universales demandas de su tiempo. «No debemos olvidar que el tono apologético de la historiografía cristiana fue también sancionado por los clásicos. El mismo Polibio había pedido que la historia fuese considerada como una cosa práctica, y Cicerón, Salustio, Tito Livio y Tácito habían aplicado la máxima con largueza. No sería justo que la historiografía cristiana sufriese nuestros más duros reproches por una actitud que era la de casi toda la Antigüedad»<sup>17</sup>.

## El conflicto arriano

Se ha dicho mil veces que el cristianismo no es una religión, sino un camino de salvación, que su enseñanza es simple y sin complicaciones, que se resume en la fe en Dios y el amor al prójimo. Quienes dicen esto deben de estar hablando de otra cosa, porque el cristianismo es una religión que, desde el punto de vista doctrinal, está muy lejos de ser simple. Basta con echar un ligero vistazo a los escritos del Nuevo Testamento para darse cuenta de los conflictos doctrinales surgidos en el seno de la primitiva comunidad desde sus inicios: el alcance de la misión al mundo, el papel de la Ley en el Evangelio, el lugar de los gentiles en el plan divino, el alcance de la libertad cristiana y la mayor controversia que llenó varios siglos de inquietud: la naturaleza y sentido de la vida de Jesús de Nazaret. Cuestión delicada e ineludible, toda vez que la experiencia de salvación cristiana no depende de una impresión abstracta, vaga, de corte místico, donde lo que importa es sentirse bien, salvo o en paz. Para el cristiano la salvación y la suma de la espiritualidad dependen de una relación personal con Jesucristo, en fidelidad con los datos consignados sobre Él en las Escrituras. Pero ¿cómo formular en términos correctos y precisos la compleja personalidad de quien se presenta como Dios y hombre sin tergiversar ninguno de los elementos que intervienen en la definición?

Aunque la Iglesia primitiva hubiera querido mantener un respetuoso silencio respecto al misterio insondable del Dios-hombre, Jesús de Nazaret, limitándose a tributarle servicio de adoración y cumplir sus preceptos, los errores y disquisiciones de las mentes especulativas no la hubieran dejado. La herejía nace de la necesidad que tiene la mente de especular,

<sup>16</sup> Hans von Campenhausen, *Los Padres de la Iglesia*, vol. I, pág. 82. Cristiandad, Madrid 1974.

<sup>17</sup> J. T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, pág. 377. FCE, México 1982, 2ª ed.

de querer comprender en su totalidad la imagen que contempla en el espejo (*speculum*), y reducirla a fórmula y concepto. La ortodoxia aparece como reacción a los errores de los heréticos que en muchas ocasiones hacen saltar el espejo.

Uno de los más graves conflictos que amenazó la fe cristiana, y que renace de vez en cuando, es el creado por Arrio, un clérigo de Libia, en el norte de África. Se desconocen las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte, pero lo más probable es que naciera en el año 256. Ordenado presbítero en la iglesia de Alejandría (Egipto), Arrio era elocuente, sabio, conocedor de las obras de Orígenes y educado en las enseñanzas de Luciano de Antioquía, muerto mártir en 312. La Escuela de Antioquía propiciaba en especial el estudio gramatical de la Biblia, dejando en segundo plano la interpretación alegórica o espiritual. Arrio consideró más ajustado al texto literal de la Escritura y a la razón explicar el misterio de naturaleza de Cristo y de su relación con Dios Padre disociando ambas personas. Con ello pretendía responder a las herejías de Pablo de Samosata, que enseñaba que «el Salvador era mero hombre», y de Sabelio, quien afirmaba que el Hijo era mero «poder» o «función» del Padre, un modo de acción distinto de la Trinidad divina, sin distinciones sustanciales. En respuesta, Arrio afirmó que sólo Dios Padre es la sustancia eterna, pero que el Hijo era el Verbo, el Logos, la primera y más perfecta de sus criaturas. No era, pues, mero hombre, pero tampoco existía desde siempre, de manera que su divinidad no era sustancial, sino adquirida, por «participación» en la sabiduría y el poder del Padre. Esta era su lectura en un sentido platónico del llamado prólogo del Evangelio de San Juan.

En una discusión mantenida en presencia del anciano obispo Alejandro, Arrio expuso su punto de vista y mantuvo que el Hijo de Dios es creado de lo no existente; que hubo un tiempo en el que el Hijo no existía; que es capaz de lo bueno y de lo malo; que es criatura y creado<sup>18</sup>. Alejandro se opuso, Arrio se rebeló acusando a su obispo de sabelianismo. Éste convoca un consejo que condena y exilia a Arrio y sus seguidores de la ciudad (año 318 o 319), un procedimiento que presupone una colaboración con las autoridades locales. En una circular a los obispos, Alejandro dio a conocer a todo el mundo la decisión tomada por el sínodo de Alejandría.

Arrio, que se considera injustamente perseguido, se traslada a Cesarea, donde es bien acogido por Eusebio, que vio en el proscrito una víctima inocente que buscaba refugio en su iglesia, como antaño lo hiciera Orígenes, perseguido por el tiránico patriarca de Alejandría. Posteriormente, Arrio se traslada a la ciudad imperial de Nicodemia por invitación del obispo del lugar, Eusebio, discípulo igualmente de Luciano. Bajo la protección de Eusebio de Nicodemia, Arrio pudo desarrollar una actividad infatigable, al tiempo que Eusebio comienza una campaña de apoyo a Arrio y sus ideas mediante cartas a los obispos de Asia Menor y de Oriente. Un sínodo organizado por Eusebio exigió también la restauración de la comunión eclesial de Arrio, pretensión que rechazó el obispo Alejandro. Debido este respaldo a Arrio, Eusebio de Nicodemia «transforma lo que podría haber sido una disputa egipcia en una controversia ecuménica»<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Sozomeno, *Hist. eccl.* I,15,3 (GCS 50,33).

<sup>19</sup> J. Quasten *Patrología*, vol. II, «La edad de oro de la literatura patristica griega», pág. 210. BAC, Madrid 1985, 4ª ed.

Probablemente el error de Arrio hubiera podido quedar reducido al terreno de la pura especulación teológica sin la intervención de Eusebio y el progresivo crecimiento del conflicto, que se extendió por toda Siria, Palestina y Asia Menor. Cuando Constantino I el Grande, tras su victoria en septiembre del año 324, se encontró con que la cristiandad estaba resquebrajada, tomó el asunto inmediatamente en sus manos e invitó a las partes encontradas a la unidad. Constantino, sin duda, sólo captaba superficialmente las divergencias, pero las juzgaba inútiles y peligrosas para la paz pública. Así se estimó que la mejor solución era reunir un gran concilio de obispos del Imperio que, en perfecta inteligencia, fijaran los límites de la fe. A su invitación acudieron a Nicea de Bitinia unos 300 obispos llegados de todos los puntos del mundo (20 de mayo del 325). Se trata del primer sínodo o concilio ecuménico de la cristiandad. En este concilio estuvo presente un joven diácono, Atanasio, que, aunque no tomó parte en las decisiones, fue después el campeón de la fe ortodoxa contra el arrianismo al suceder a Alejandro como obispo de Alejandría el año 328.

Aunque Arrio salió de Nicea condenado y desterrado, las cosas no fueron tan mal para él como podría esperarse. Con la ayuda de su poderoso valedor, Eusebio de Nicomedia, emparentado con la casa de Constantino y amigo de la emperatriz Constancia, Arrio hace llegar una carta al emperador en la que intenta mostrar la ortodoxia de la posición arriana, que su destinatario creyó satisfactoria, a la vez que solicita ser restituido a la Iglesia. Constantino hace volver a Arrio del exilio en Illia (328). Un sínodo convocado en Tiro y Jerusalén declaró que Arrio podía ser readmitido a la comunión con la Iglesia (335). Poco después, Arrio muere repentinamente en Constantinopla la tarde previa a la ceremonia formal en la que se le iba a restituir el rango presbiteral (336).

Arrio no tenía madera de teólogo, sino de asceta: el mismo rigor que aplicó a su cuerpo aplicó a su mente, con el resultado típico de rigidez intelectual de corte racionalista, sin capacidad de visión de conjunto. Obedeciendo a lo que él consideraba fidelidad a la Escritura llevó hasta sus últimas consecuencias las ideas subordinacionistas que parecen contenerse en algunos textos bíblicos interpretados al pie de la letra. Como bien se ha dicho, el arrianismo es una herejía del sentido común sin sentido para entender una metáfora. Espoleada por el desafío que le lanzó el afán de conocer experimentado por los antiguos y que era imprescindible para comunicar a aquel mundo el discurso bíblico sobre el Dios que actúa, la fe cristiana había emprendido el camino de la explicación racional de Dios en armonía con la concepción bíblica, pero no resultaba fácil. Arrio pretendía conservar la sencillez del lenguaje bíblico, que enseña abiertamente la subordinación del Hijo. Como la cristología no estaba todavía aclarada, los pasajes que parecían confirmar que Jesucristo no se encuentra en un plano de igualdad al Padre (cf. Jn. 14:28) se extendían a su estado anterior a la encarnación, lo cual ya no es una enseñanza bíblica, sino una inferencia dictada por el racionalismo filosófico imperante. Se consideraba que el Logos preexistente se unía a la carne y hacía las veces de alma, de modo que el Logos mismo adquiriría los rasgos humanos y, por consiguiente, se le atribuían las afirmaciones escriturísticas acerca del *anonadamiento* sólo atribuibles al Logos en cuanto encarnado o manifestado históricamente en la persona de Jesús. El resultado era un Cristo disminuido como Dios y como hombre.

## El concilio de Nicea

La iniciativa de convocar un gran concilio que remediara la discordia en las comunidades de Oriente por causa de la doctrina de Arrio partió, al parecer, de Constantino, quien, como soberano universal, esperaba la paz interna de la Iglesia y la asistencia divina para el Imperio. El concilio fue convocado primeramente en Ancira (Galacia), y después en Nicea de Bitinia, accesible por tierra y mar y cercana a la residencia imperial de Nicomedia. No se conoce el número exacto de los obispos que asistieron, pero es posible aventurar una cifra aproximada a los trescientos<sup>20</sup>. Entre los padres conciliares se contaban las figuras eclesiásticas más relevantes del momento. Estaba Osio, obispo de Córdoba, que según parece presidió las sesiones. Asistió también Alejandro de Alejandría, acompañado por el entonces diácono Atanasio, Marcelo de Ancira, Macario de Jerusalén, Leoncio de Cesarea de Capadocia, Eustacio de Antioquía y los presbíteros Vito y Vicente en representación del obispo de Roma, que no pudo asistir debido a su avanzada edad. Tampoco faltaron los amigos de Arrio, como Eusebio de Nicomedia, nuestro Eusebio de Cesarea y algunos otros.

Muchos de ellos habían sufrido cárcel, tortura o exilio no hacía muchos años, y llevaban en sus cuerpos las marcas de su fidelidad: tuertos, tullidos. De repente, un emperador los invitaba y ponía a su disposición todos los medios necesarios para su desplazamiento y alojamiento. En el plano fraternal, muchos de los presentes se conocían de oídas o por correspondencia, pero ahora, por primera vez en la historia de la Iglesia, podían tener una visión física de la universalidad de su fe. Lo que allí estaba ocurriendo era un sueño, como dirá Eusebio de Cesarea, el mismo que nos describe emocionado la escena: «Allí se reunieron los más distinguidos ministros de Dios, de Europa, Libia [África] y Asia. Una sola casa de oración, como si hubiera sido ampliada por obra de Dios, cobijaba a sirios y cilicios, fenicios y árabes, delegados de la Palestina y del Egipto, tebanos y libios, junto a los que venían de la región de Mesopotamia. Había también un obispo persa, y tampoco faltaba un escita en la asamblea. El Ponto, Galacia, Panfilia, Capadocia, Asia y Frigia enviaron a sus obispos más distinguidos, junto a los que vivían en las zonas más recónditas de Tracia, Macedonia, Acaya y el Epiro. Hasta de la misma España, uno de gran fama [Osio de Córdoba] se sentó como miembro de la gran asamblea. El obispo de la ciudad imperial [Roma] no pudo asistir debido a su avanzada edad, pero sus presbíteros lo representaron. Desde el principio de los tiempos sólo uno, el emperador Constantino, juntó semejante guirnalda mediante el vínculo de la paz, y la presentó a su Salvador como ofrenda de gratitud por las victorias que había logrado sobre todos sus enemigos»<sup>21</sup>.

Desde Sozomeno<sup>22</sup> se ha creído que nuestro Eusebio historiador pronunció el discurso de apertura, otros señalan a Osio de Córdoba como más probable. Como quiera que fuese, los obispos allí reunidos se dedicaron a discutir las muchas cuestiones legislativas

<sup>20</sup> Se calcula en 1800 obispos (1000 en las provincias griegas y 800 en las latinas) los existentes en el Imperio en aquel tiempo.

<sup>21</sup> Eusebio, *Vida de Constantino*, lib. III,7. Gredos, Madrid 1994.

<sup>22</sup> Sozomeno, *Hist. ecl.* I,19.

que era necesario resolver una vez terminada la persecución. La asamblea aprobó una serie de reglas para la readmisión de los caídos, acerca del modo en que los presbíteros y obispos debían ser elegidos y ordenados, y sobre el orden de precedencia entre las diversas sedes. Pero la cuestión más escabrosa, como venimos considerando, era la controversia arriana.

La tendencia arriana, pequeña en número, estaba capitaneada por Eusebio de Nicomedia, el personaje más importante en toda esta controversia. Arrio no era obispo y por tanto no tenía derecho a participar en las deliberaciones del concilio. Alejandro de Alejandría, de donde, como sabemos, partió el foco arriano, representaba a los contrarios a esta doctrina, en la que veían un grave peligro para la fe cristiana y que, por tanto, era necesario condenar. Tampoco era un grupo numeroso. Otro pequeño grupo, probablemente no más de tres o cuatro, sostenía posiciones cercanas al «patripasianismo», es decir, la doctrina según la cual el Padre y el Hijo son uno mismo, y por tanto el Padre sufrió en la cruz. Los obispos que procedían de la región del Imperio donde se hablaba el latín no se interesaban en la especulación teológica. Para ellos la doctrina de la Trinidad se resumía en la vieja fórmula enunciada por Tertuliano más de un siglo antes: una sustancia y tres personas.

La mayoría de los obispos no pertenecía a ninguno de estos grupos. Veían disgustados el enfrentamiento entre Arrio y Alejandro, que amenazaba con dividir la Iglesia ahora que precisamente gozaba de paz. Eusebio de Cesarea se contaba entre ellos. La esperanza de estos obispos, al comenzar la asamblea, parece haber sido lograr una posición conciliatoria, resolver las diferencias entre Alejandro y Arrio, y olvidar la cuestión.

Los partidarios de Arrio, que contaban también con las simpatías del emperador Constantino, pensaban que en cuanto expusieran sus puntos de vista la asamblea les daría la razón. Sin embargo, cuando Eusebio de Nicomedia tomó la palabra para decir que Jesucristo no era más que una criatura, aunque muy excelsa y eminente, y que no era de naturaleza divina, la inmensa mayoría de los asistentes reaccionó de forma muy distinta a lo que Eusebio esperaba. A los gritos de «blasfemia», «mentira» y «herejía», Eusebio tuvo que guardar silencio, en medio de una grave confusión.

Entonces Eusebio de Cesarea hizo una proposición intermedia, la de reconocer el símbolo bautismal de su comunidad, que a la vez despejaba cualquier duda sobre su ortodoxia. Éste formulaba la fe «en el solo Señor Jesucristo, Palabra de Dios, Dios de Dios, luz de luz, vida de vida, Hijo único, nacido antes de todas las criaturas, engendrado por el Padre antes de todos los tiempos, por el que todo ha sido creado». Ni el emperador ni los obispos reunidos presentaron objeción alguna en contra, sólo introdujeron algunas expresiones para evitar equívocos. Así surgió el Credo de Nicea, que refleja de modo sintético y claro la confesión genuina de la fe recibida y admitida por los cristianos desde el principio. Dice así:

«Creemos en un Dios Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios

verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre; mediante el cual todas las cosas fueron hechas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra; quien para nosotros los humanos y para nuestra salvación descendió y se hizo carne, se hizo humano, y sufrió, y resucitó al tercer día, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.

Y en el Espíritu Santo.

A quienes digan, pues, que hubo cuando el Hijo de Dios no existía, y que antes de ser engendrado no existía, y que fue hecho de las cosas que no son, o que fue formado de otra sustancia o esencia, o que es una criatura, o que es mutable o variable, a éstos anatematiza la Iglesia católica».

Todos los padres conciliares ratificaron este credo con su firma (19 de junio de 325), excepto Arrio y dos obispos que lo secundaban, Secundo de Tolemeida y Teonás de Marmarica, que fueron enviados inmediatamente al destierro. Pocos meses después, Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, cabecillas de los arrianos, retiraron sus firmas. Irritado por este cambio, el emperador Constantino los desterró a ambos a la Galia. Aunque Nicea no puso fin a la discusión entre los contendientes históricos, sí selló de una vez para siempre el destino de la herejía arriana. Al reafirmar la unión esencial o sustancial de lo divino y humano en el Jesús histórico, «de la sustancia del Padre», *homoousios tō Patrí*, ὁμοουσιό τῷ Πατρὶ (consustancial al Padre), la resolución de los padres se mantuvo en la tradición eclesial que se remonta al texto evangélico que dice: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1:14). En ella late la convicción no siempre fácil de expresar de que Jesús de Nazaret no es en modo alguno mera «criatura» que llegara a la divinidad por «accidente», o por «mérito», sino que es Dios en «esencia», por sí mismo. Lo afirmado en Nicea se refinó y fortaleció en ulteriores declaraciones que afirmaron la absoluta coexistencia o unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Salvador.

\*\*\*

Sobre este concilio se han dicho cosas tan ridículas como que fue amañado por Constantino y que aquí se decidió nada menos que la divinidad de Jesucristo. Si antes estuvo de moda decir que el apóstol san Pablo fue el fundador del cristianismo, presentando a Jesús como un Dios salvador a imagen y semejanza de los salvadores paganos, hoy se trocado por la atribución a Constantino y a sus consejeros de la creación del cristianismo: no ya Pablo, sino Constantino contra Cristo. Es tan absurdo y tan ajeno a los intereses de la veracidad histórica que no merece la pena que gastemos tiempo en refutarlo. Pero dado que muchos, en el campo cristiano, consideran que a partir de Constantino la Iglesia se apartó del cristianismo del Nuevo Testamento y se corrompió por su alianza con el poder, conviene aclarar que, ciertamente, Constantino propició la celebración del Concilio de Nicea e influyó en ella, prestando todo su apoyo. Sin embargo, el emperador no influyó en la formulación del Credo resultante, en todo fiel a la tradición que se remonta a los mismos Evangelios. No se puede caer en el error de tomar la fecha de reconocimiento oficial de una doctrina, su formulación dogmática, como partida de nacimiento de una



creencia, previa a toda formulación y fundamento de ésta. En Nicea nadie dudó ni por un momento de la divinidad de Jesucristo, sino del grado de esa divinidad en relación con Dios Padre<sup>23</sup>.

Por otra parte, ni Constantino ni sus sucesores apoyaron consistentemente la teología de Nicea. Constantino alternó en su apoyo de Atanasio, defensor de aquélla, porque estaba más preocupado por mantener la paz que por la teología misma. Exilió a Atanasio en 335 y estuvo a punto de reincorporar a Arrio justo antes de su muerte. Durante los cuarenta y cinco años en que Atanasio fue obispo de Alejandría, en Egipto, fue desterrado al exilio cinco veces por diversos emperadores romanos. Si la fe de Nicea se impuso no fue por el respaldo del poder imperial, sino por su misma cualidad. La historia nos enseña que los obispos han resultado demasiado independientes para el gusto del poder de turno. No han solido ceder tan fácilmente a una doctrina con la que no estaban de acuerdo. La persecución heroicamente resistida fue la mejor preparación para la nueva etapa abierta por Constantino: ella movilizó a los dirigentes de la Iglesia a velar por la conservación de la pureza de la fe y agudizó su visión para evitar en lo esencial las tentaciones del poder y de la mentalidad pagana ajena a la vida cristiana. Si en algo se pecó fue en exceso de rigorismo contra la herejía, pero esto venía de mucho antes del giro constantiniano y persistirá en las comunidades más alejadas de él.

## Eusebio y Constantino

Desde un principio el emperador Constantino se mostró favorable a los cristianos, no a costa de la religión pagana, que siguió beneficiando como sumo pontífice suyo, sino por un principio de legalidad. El Imperio no se podía sostener a costa de cercenar la vida de los súbditos más puros y más castos, más leales y sufridos. La Iglesia se merecía la paz y se la dio, no como un acto de condescendencia de parte del Estado, sino como reconocimiento de unos derechos legítimos que los cristianos venían reivindicando desde hacía siglos.

La admiración de Eusebio por el hombre que había detenido la matanza y el derramamiento de sangre inocente no conocía límites. El aprecio fue mutuo. Eusebio tuvo el privilegio de ejercer su episcopado bajo el reinado de Constantino: un estadista militar y un confesor eclesiástico embarcados en la misma aventura de insuflar un nuevo espíritu de unidad y concordia a una sociedad que se enfrentaba, irremediabilmente, a una nueva época llena de desafíos externos e internos. «De nuevo, como en los remotos días de Augusto César, movió al mundo romano un estremecimiento de nuevas esperanzas y nuevos albores» (Cochrane). Para Eusebio, el inesperado y glorioso triunfo de la Iglesia constituye prueba evidente de la *operatio Dei*, la mano de Dios, en la historia. Las esperanzas milenaristas parecían realizarse en la persona de Constantino: al fin un monarca cristiano

---

<sup>23</sup> Véase Alois Grillmeier, *Cristo en la tradición cristiana: desde el tiempo apostólico hasta el concilio de Calcedonia (451)*, Sígueme, Salamanca 1997.



dominando los cuatro extremos de la tierra, difundiendo la paz y la felicidad en todo el mundo. Partiendo de este hecho, el sentido de la esperanza cristiana comenzó también a modificarse. Ya no es únicamente en el más allá donde se verá colmada: su cumplimiento comienza dentro de este mundo. Por fin se iban a hacer realidad las profecías respecto a las espadas convertidas en rejas de arado y las naciones conviviendo pacíficamente unas con otras<sup>24</sup>. Lactancio se suma a esta visión optimista de la «escatología realizada» en la historia, y cree que, en la Nueva República, el objeto primario será el asegurar a todos por igual la libertad de profesar el cristianismo, libertad que habrá de extenderse a los que no creen, ya que por naturaleza la religión es algo que no cabe imponer por la fuerza. Al mismo tiempo, los hombres se verán en libertad de practicar virtudes tan característicamente cristianas como la hospitalidad, la redención de cautivos, la defensa de las viudas, el cuidado de los enfermos, el enterramiento de los extranjeros y menesterosos. En el nuevo orden, y a medida que los principios cristianos de humanidad vayan ganando aceptación, el Estado irá perdiendo importancia, hasta convertirse en sociedad sin coerción y sin clases, gobernada únicamente por la ley del amor. Tal era la utopía del nuevo Imperio romano cristiano<sup>25</sup>. El cristianismo había nacido como una sociedad en la que se daban por terminadas las divisiones antagónicas entre ricos y pobres, judíos y gentiles, hombres o mujeres, esclavos y libres. Soñaba con un mundo gobernado no por el miedo o la desconfianza, sin por el amor. Después de tantos siglos de persecución y vivir en la cuerda floja de la ilicitud, la paz de Constantino llevó a muchos a poner en un segundo plano que el cristiano es un ciudadano de la Nueva Jerusalén, que desciende sobre los hombres no en virtud de la política humana, sino del poder divino; ellos, en su entusiasmo ante el cambio operado, se imaginaban que el Imperio cristianizado iba a ser ya una imagen del Reino de Dios sobre la tierra.

Para Eusebio, el emperador es un enviado de la Providencia, el liberador aparecido tras el largo tormento de las persecuciones, el heraldo de Dios en este mundo, y su soberanía terrenal, la imagen de la soberanía divina y del anunciado reino de Cristo. El emperador es amado de Dios y modelo de absoluta piedad, encarna todas las virtudes de los reyes: la dignidad, la belleza, la fortaleza, la cultura, la razón innata y la sabiduría divina. Constantino, que veía el afecto que Eusebio le profesaba, tuvo para él muchos miramientos y le honró con distinciones halagadoras. «Siendo de extracción muy baja, Eusebio no estaba familiarizado con las altas esferas políticas, por lo cual es comprensible que se dejara deslumbrar» (Campenhausen). Pero Eusebio habría sido infiel a sí mismo si no hubiera secundado al emperador como instrumento elegido por Dios, cuya llegada siempre había deseado y en cuya misión creía<sup>26</sup>.

El emperador se considera naturalmente como el jefe del pueblo cristiano, nuevo Moisés, nuevo David, a la cabeza del verdadero Israel, el de la Nueva Alianza. El emperador no se contenta con facilitar la reunión de concilios y apoyar con su autoridad la realización

<sup>24</sup> Eusebio, *Hís. eccl.* I,1,7.

<sup>25</sup> Véase Jacob Burckhardt, *Del paganismo al cristianismo*. La época de Constantino el Grande. FCE, México 1996, 2ª ed.; Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*. FCE, México 1983, 2ª ed.

<sup>26</sup> Hans von Campenhausen, *op. cit.*, pág. 86.

de sus decisiones; es él mismo quien toma la iniciativa de convocarlos, quien escoge los problemas dogmáticos o disciplinares que deberán tratar. Sigue las discusiones, ayuda al triunfo de la mayoría, al establecimiento de la unanimidad.

Al morir Constantino, el 22 de mayo de 337, Eusebio, fiel a sus convicciones, enseguida compuso una obra en memoria del emperador, a modo de monumento literario, digno de sus grandeza. Esta obra es conocida por el título *De vita Constantini*, que no es propiamente una biografía, sino un elogio o panegírico fúnebre. Aunque a Eusebio se le acusa de adulador palaciego, hay que tener en cuenta que su contacto personal con el emperador fue muy escaso y casi siempre en los límites estrictos de la cortesía y de las exigencias oficiales. Probablemente, según Martín Gurruchaga, Eusebio no vio a Constantino más de cinco veces. Como hemos dicho, el aprecio de Eusebio por Constantino nace de sus convicciones teológicas. Apenas dos años después, muere este obispo culto, erudito, apologista y reconciliador. Acacio, discípulo suyo y sucesor en la sede episcopal, escribió una vida y un catálogo de sus obras.

## Obras

Aunque Eusebio es universalmente famoso por su *Historia eclesiástica*, como si su producción literaria se hubiese reducido a esa única obra, lo cierto es que se trata de un autor muy prolífico, que abarcó casi todos los campos del saber teológico, como corresponde a un hombre muy versado en Sagrada Escritura, historia pagana y cristiana, literatura antigua, filosofía, geografía, cronología técnica, exégesis, filología y paleografía. Detallemos las que nos son conocidas.

### A. Históricas

1. *Crónica*, griego χρονικῶν κανόνων παντοδαπῆ ἱστορία, generalmente conocida por *Cronicón*. Fue escrita hacia 303 y contiene dos partes: la cronografía o historias resumidas de los caldeos, asirios, hebreos, egipcios, griegos y romanos, y una segunda parte a base de cuadros sincrónicos en columnas sinópticas paralelas con glosas indicadoras de los principales sucesos de la historia. Mostrando el sincronismo entre las fechas bíblicas y las de la historia profana, el autor quiere probar que el cristianismo, lejos de ser una religión joven, es, gracias al testimonio del Antiguo Testamento, las más antigua y venerable del mundo. La aparición de Cristo marca el comienzo de su período final, que se centra en la historia de la Iglesia. Eusebio renunció al viejo cuadro mítico que calculaba la historia mundial según los ciclos de los años sabáticos del profeta Daniel, cuadro a partir del que se pretendía poder indicar la fecha del fin del mundo y de la parusía de Cristo. La visión de la historia mundial y de la salvación va unida en Eusebio al principio optimista de una educación progresiva del ser humano realizada por Dios.

Este procedimiento sincrónico había sido ya utilizado a principios del siglo III por Julio Africano en su *Cronografía*, obra en la que se apoya indudablemente Eusebio, pero realizando su tarea con más exactitud y conocimiento. La obra se ha conservado en una